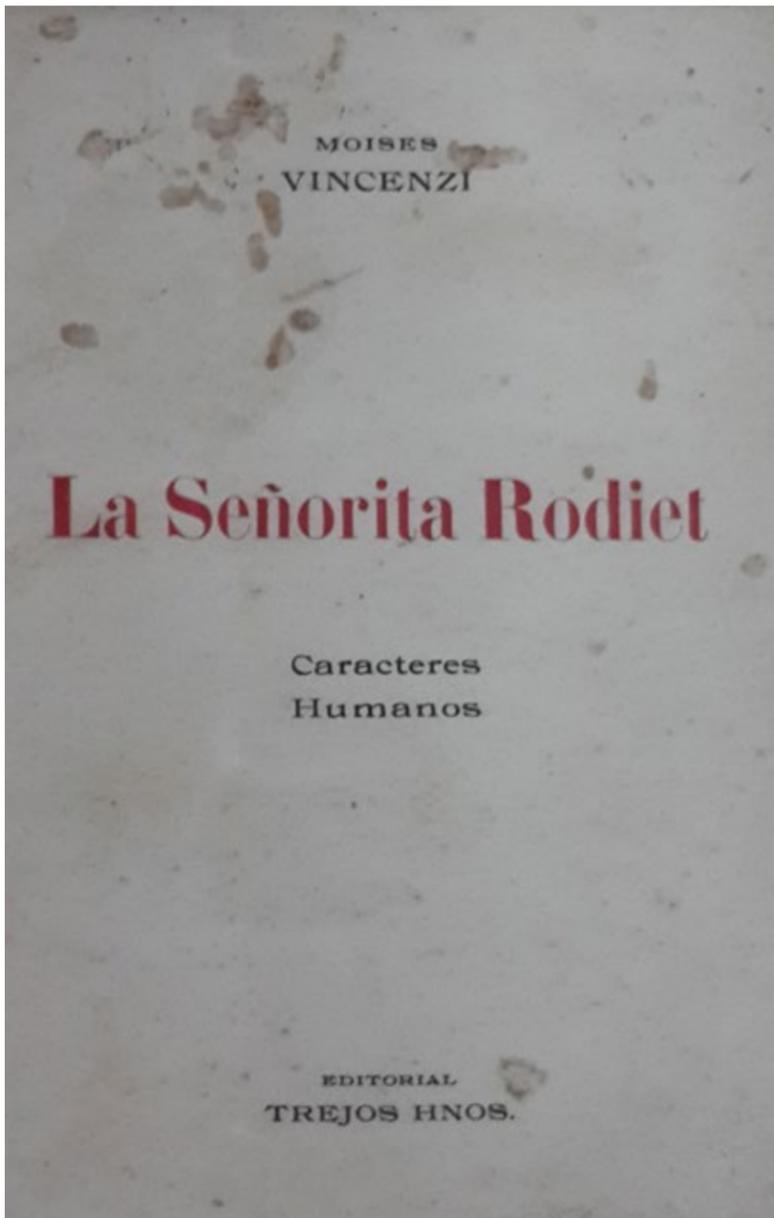


Moisés Vicenzi



No sé explicarme por cuál razón, al leer esta novela de Vincenzi, se abre mi espíritu al mundo de infinitas proyecciones de Marcel Proust. ¿Serán las digresiones que esmalan, aquí y allá, el desarrollo del tema? ¿Serán los diálogos silenciosos de este o de aquel personaje principal? ¿Será, al través del marco de una ventana de horizontes envidiables, la contemplación de la melancolía campestre ahondada por las soñolientas voces de un campanario que se adivina más allá de cuanto se puede ver? ¿Será esa continua actividad de la memoria, complacida en despertar cosas que parecen hundirse para siempre en el olvido y que retorna a llenarnos de inquietudes? ¿Serán esos nombres inolvidables de Gilberta, Odette, Madame Sazerat que evocan la presencia de sutiles presentimientos? ¿Serán las mismas intermitencias del corazón de la deliciosa Ivonne Rodiet las que nos sugieren estar a la sombra de las doncellas en flor?

Ivonne está lejos de Monval, pero muy cerca de su espíritu, porque repasa sus afirmaciones filosóficas. Acepta, son discusión, sus teorías estéticas. Confirma, en sus ocupaciones predilectas, la psicología por él proclamada.

Ha efectuado un retorno a la naturaleza siguiendo un ritmo de análisis, tanto de las cosas externas cuanto de los impulsos íntimos.

Conversa, de asuntos de la aldea cercana, con Gilberta, la gruñona ama de la cocina, celosa de sus dominios hasta la desesperación. Con Odette, campesina ingenua cuya ingenuidad está ya en peligro pues escucha. Con placer, las audaces insinuaciones de un enamorado.

Había de temas espirituales con la Anémona del Valle y con su esposo, el simpático doctor Piperaud. Sueña con Pierre de Monval. Más le inquietan las que ella denomina sugerencias espirituales del cisne. El sortilegio de lo desconocido, de un poeta joven, de idea atrevidas, que vivió en el mismo palacete que ahora ocupa Ivonne con su padre enfermo.

Surge, en la doncella, una obsesión que la tortura, llenándolo de inspirados desalientos. Trata de hundirse en la paz del espíritu preparando una novela. En ella han de reflejarse la serenidad sugestiva de la naturaleza y la inquietud contagiosa de los seres humanos.

Busca y encuentra caracteres que han de servirle como puntales en su narración. Por cierto, que en esta obra de Vincenzi aparecen, con todos sus detalles de caricaturas, los profesores y las profesoras de una escuela con pretensiones de colegio, sin olvidar a la directiva cuya dignidad de "Airecillo" hace sonreír con piadosa intención.

Piensa Ivonne utilizar en su narración novelesca al ciego tocador de dulzaina. Al tonto vagabundo en el que hay ausencia de todo. A la Muñeca del Parque, vieja andrajosa pues parece enloquecer cuando escucha una canción que de ella se burla. A Coñac, el borracho caballero que llora propia embriaguez con la nostalgia profunda de haber perdido, para siempre, la voluntad de ser él mismo.

Asistimos en este interesante volumen, el desarrollo espiritual de la señorita Rodiet que bien lejos está ya de la época en la que conoció a Pierre de Monval. Su personalidad ha ido transformándose al influjo de la montaña severa. Hay en su espíritu un delicioso renacimiento de la alegría que la hace pensar en el más allá de lo bueno y de lo malo en donde existen amplias zonas de vitalidad que nadie se ha atrevido a explorar.

Se siente animada a modelar la propia concepción de la belleza en un relato novelístico, que ha de ser la vida fugaz del tiempo, cuya búsqueda tanto inquietó al sereno Proust. Una novela que humanice las grandes ideas por la adopción de un método que la anime ideológicamente, saturándolas de la belleza que sí está al alcance de todos los espíritus.

Nada le importa que el propio concepto del género novelístico la conduzca al realizarlo a una serie de contradicciones.

Ellas le darán ocasiones para señalar una síntesis, que tomando de la tesis y de su contrario antítesis, lo mejor que ambas posean, resuelva a la antinomia presentada.

Con tanta belleza en el espíritu, ya libre de males su padre, prepara el retorno hacia la bahía de remansos nostálgicos, hacia el embrujo del novelista adorado.

Pensando en él se admira voluptuosa. Desciende, desde las cimas solitarias de la cordillera que supo imponerle sus aspiraciones, hasta las playas, de arena anónimas en la que no encuentra sino vanas preocupaciones de elegancia.

Termina con los preparativos de ese viaje el segundo tomo de esta valiosa novela que ha de convertirse, sin duda alguna, en la primera novela -que se escribe en nuestra República.

Porque Ivonne y Pierre han de unir sus destinos, han de realizar un viaje Uliseo hasta la misteriosa selva virgen América. Y aquí plantar su tienda de maravillas que irá relatando, en volúmenes sucesivos, el número poderoso de Moisés Vincenzi